

DISPO 21.
 Bilmo, Bur
 a, Cáceres,
 a, Jerez de
 de Maior
 de Sevilla,
 odo, Torro
 Solardi, Va
 a, Valencia, — Ba
 de la Timeo,
 o, Llanes,
 a, vladivostok,
 a, Vitoria, B
 Carzli, Pe
 a, Valencia,
 ntango, Vi
 a, Jerez de
 Finca de

CP.
larga
es 80-

la, Legas-
arva, do
anza, Al-
tullin, La
V.P.A., Al-
Alab-
mativo, Gi-
in, Hinc-
Vig, Uge-
le, Harro
Orisco,
es, Guil-
ana, Mie-
ly, Talla,
egundo Ri-
quero, Al-
io, Villa-
sencia do
sacudena,
ercente, Te-
li, Villa-
e Fuzco,
rivaes,
antes; do-
jelle, Na-
co, Costa,
undo, San
rins, Fuz-
e R. L. A. M.
nagro, al-
sacudena
R. L. O. A.,
e, Mont-
e, Beag-
ca de Or-
nato, Ma-
Carba-
na Con-
salmonte.
La Jua-
Palanca,
GALNA
Lejo, Ne-
Crise-
O. U. A.,
Villatran
LA, Jua-
sacudena,
Lhazac,
Mont-
F. O. B. A.
de O. B.

[illegible]

y abau,
 uarita,
 tres, Lia-
 s, Logro-
 , Masaró,
 Medina del
 Morcillal,
 Negro-
 , Orreda,
 Palma de
 nio, Fon-
 de Lema,
 illal, Esc-
 Reinos,
 Santiago,
 ra de Santa
 us, Salas,
 gona, Te-
 , Tudala,
 lina, y
 ona, Villa
 la, Ibi,

habiera
preciones
ato poco
del hecho
lo Agava
minió a
arajir sus
carrae do
y en el
camento
las, pero
es, que es
no apro-
a algunas
as.... Ah!
tos Lon-
a mi ma-
nos malo,
lo hubié-

THE VON DER COLE, KENTUCKY, 1870.

89

vernos, sin otro objeto que asegurar algunos asuntos...Veo que os disgusta que hablo de mi hija, aporreado de la señorita de San Pedro de Agave, pero no sé de qué manera, ya que sé y lo que osamos para establecer la menor compasión... ¡Puede ser que aquellas a sí les las hiciera en la nieve el jardinero, aunque entre estrechas y con pequeños agujeros en el alito de los techos.

—¿Qué dice señora, mi hija es hombre, y la señorita Anjelica es mas pura que la piel del armijo; yo pondria mi mano en el fuego por ella. Todos esos chismes no han de influir en nada en el casamiento.

—Todos esos chismes repitió la condesa con sorda irritación.

—Temia habia estraviado el papel que buscaba, aumentó Jericot tomando un documento que separó al instante de los demás.

—Sus casamientos! repitió de nuevo la condesa.

Jericot ataba con su cinta el voluminoso paquete formado por los papeles que habia sacado del bolsillo.

—Pleno que la union de la señorita Anjelica con el señor baron Chauxfor es cosa arreglada. No habrá semejanza de edad, pero se ven fecundando entre si espíritus que parecen mucho mayores. El señor baron tiene todavia el buen humor de un joven, y lo parece cuando quiere.

—¿De que quiere ir a parar? preguntó la condesa con acento altanero.

—Además, continuó Jericot, en vez de responder, es muy rico. Nadie sabe que yo habia tirado en el papel, ni él mismo podria decirlo. Es el cetro de los creos. Cuando a hombre como a él se le pone una cosa en la cabeza, no hablo del corazon, ero no se enamoran, quién es capaz de dibernarlo! Estoy seguro de que yo le pidiera un hijo por esa linea.

El rostro de la condesa se cubrió de un color escarlata. Léjos de bajar los ojos ante su mirada amenazadora, Jericot continuó con una sonrisa.

—Después de todo, acaso vos no le pidais ménos de dos. Y se echó a reír abiertamente.

—Cuanto os debo! exclamó la condesa en una explosión de cólera.

Jericot bajó al fin los ojos, pero no apuró el sombrero. Volvió a meter los papeles en su bolsillo, excepto el documento que habia entregado, el cual dejó caer en el estomero para conservar libres las manos y hacer cruzar suavemente las articulaciones de sus dedos. Una sombra de inquieto se pintó en el rostro al verlo de la condesa.

—La verdad es, repuso Jericot que parecia cada vez mas satisfecho, que la señora condesa me quise despreciado. No he a se que me gusta mas que a usted. El total ha de ser de dos mil a dos mil quinientos dñones.

LA RANCHA ROJA.—83